

La Florida, en los orígenes de «lo cubano»

Luis Rafael

La isla de Cuba, hacia los años finales del siglo XVI se estrenaba como factoría. Desde 1511, fecha en que el Adelantado Diego Velázquez comienza la conquista, hasta 1770, cuando se inicia la transformación de factoría en colonia, con el gobierno de Don Luis de las Casas, irá potenciándose el desarrollo económico y social. En las décadas iniciales del siglo XVI se establecen las primeras villas y se produce una notable migración de peninsulares. En 1511 surge la primera población de Cuba, Baracoa; en 1513, Bayamo; luego vendrán Sancti Spíritus, Trinidad, Puerto Príncipe, La Habana y Santiago de Cuba, durante 1514. En 1526 Carlos V dispone el envío de indígenas a España para convertirlos en maestros y que cumplieran una labor educativa al regresar a las Antillas. Jóvenes criollos, de familias con suficientes recursos, marchan a estudiar a la Península; se crean seminarios y escuelas, especialmente por las órdenes de los jesuitas, franciscanos y dominicos. Es previsible que en medio de la ebullición cultural, surgieran escritores aficionados, poetas o cronistas de la época; sin embargo hasta el momento los esfuerzos por ubicar textos escritos durante los siglos XVI y XVII no han mostrado antecedentes al *Espejo de Paciencia*, descubierto en el siglo XIX por el historiador del «círculo delmontino» José Antonio Echeverría y escrito supuestamente en 1608. Tampoco existen notables alusiones a la Isla y las costumbres de sus habitantes, con excepción de las realizadas por el propio Adelantado Diego Velázquez en sus *Cartas de Relación sobre la Conquista de Cuba* o las del Padre Las Casas y otros cronistas de Indias, a su paso por las Antillas.

Es en este contexto cuando arriba a nuestras costas, directamente en la Villa Primada, Baracoa, donde plantara Cristóbal Colón la Cruz de la Parra, un viajero de nombre Alonso Gregorio de Escobedo, confesor de la orden de San Francisco, procedente de la provincia de Andalucía, quien a su vocación religiosa sumaba una notable inclinación literaria.

Cierto que no era un poeta, pero sí un hombre culto, tenaz y talentoso, que se empeñó en reseñar su viaje hacia La Florida de forma fidedigna, para mejor servicio de sus contemporáneos y de la posteridad. Eligió la poesía y llegó a componer, con éxito irregular, 138 octavas reales que suman más de veintiún mil versos. Después de tanto trabajo, parece que hubo entusiasmo con la idea de «dar a la luz» la magna obra y algún éxito lograría en tales menesteres puesto que el manuscrito que de ésta se conserva presenta las evidencias de ser un texto en «proceso editorial», con el orden acostumbrado de introducción, sonetos de alabanza al autor y demás etcéteras necesarios para ser llevado a la imprenta. Adversa suerte tuvo, sin embargo, el bueno de Fray Alonso, porque otros con menos talento y orden, y hasta más páginas, lograron su sueño de tintas multiplicadas; en cambio, él no. En los casi cuatro siglos que han pasado desde entonces tal empresa editorial no ha sido posible. Será cosa de la mala estrella...

Espero que algún día el texto íntegro de *La Florida* se publique, por obra de la imprenta o de Internet. De momento, quisiera anotar que aunque recientemente se anunció el descubrimiento del manuscrito en la Biblioteca Nacional de España, con sede en Madrid, son varios los estudiosos que conocían de su existencia y valores, lo que demuestran los trabajos realizados por Maynard Geiger, en 1934; Fidel Lejarza, en 1940; Geiger, en 1940; Gregory Joseph Keegan y Leandro Tormo Sanz, en 1948; Ignacio Omaechevarría, en 1948; J. Rus Owere, en 1962; y finalmente Álvaro Salvador y Ángel Esteban, en sus notas a la edición de los fragmentos cubanos de *La Florida* anexados al principio de la *Antología de la poesía Cubana*, tomo 1, de José Lezama Lima, que publicó en 2001 la editorial Verbum, radicada en Madrid y dirigida por el escritor Pío E. Serrano¹.

Desde el punto de vista temático, los «fragmentos cubanos» de *La Florida* nos ofrecen un vitral diverso y algo idílico de la vida en nues-

¹ Cito a continuación las fuentes: «An early poem on Florida», Maynard Geiger, *Fortnightly Review de St. Louis*, XLI, no. 12 (diciembre de 1934), pp. 271-272; «Rasgos autobiográficos del P. Escobedo en su poema *La Florida*», Fidel Lejarza, *Revista de Indias*, Vol. I, N.º 2, 1940, pp. 35-69; *Biographical Dictionary of the Franciscans in Spanish Florida and Cuba (1528-1841)*, Paterson, N. J. St., Anthony Guild Press, en *Franciscan studies*, XXI, 1940; *Experiencia misionera en la Florida, siglos XVI y XVII*, Gregory Joseph Keegan y Leandro Tormo Sanz, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1957; *Sangre Vizcaina en los pantanos de la Florida*, Ignacio Omaechevarría, Victoria, 1948; «Apuntes sobre *La Florida de Alonso de Escobedo*», J. Rus Owre, en *AIH. Actas I*, 1962; *Antología de la poesía cubana, tomo I*, Álvaro Salvador y Ángel Esteban, Ed. Verbum, Madrid, 2002. Remito al lector a este libro para la lectura de los «fragmentos cubanos» de *La Florida*.

tra Isla. Se menciona al criollo², valiente cual los hombres de Castilla, al decir de Escobedo; abundan las alusiones a la naturaleza, la economía ganadera, las prácticas religiosas de los aborígenes, entre otras referencias de notable interés historiográfico. Pero además, junto a la visión un tanto romántica e idealizada de la realidad, que sería tan recurrente en la literatura hispanoamericana, estas octavas reales presentan otros tópicos de nuestras letras, como la mirada de lo real maravilloso americano y cierta tendencia al barroco, a pesar de su estilo neoclásico, marcado por la necesidad de describir un ambiente tan diverso por su naturaleza y la convivencia de disímiles prácticas culturales. El poema estilísticamente presenta los defectos típicos de una obra escrita por un versificador demasiado urgido por la cotidianidad, preocupado por hacer una crónica fidedigna de su viaje, que acumula adjetivos e intercala largos sermones religiosos, pero es capaz de lograr dinamismo y buen ritmo en algunos pasajes, lo que demuestra su conocimiento de la retórica y de la versificación. En una línea reconoce sus limitaciones artísticas al referir que la obra está compuesta: «con lengua ruda y verso mal limado»³.

Acerca del estilo podemos decir incluso que en demasiadas ocasiones la estructura de la pieza resulta caótica, hay historias intercaladas que hacen perder el hilo conductor del relato y una notable falta de unidad, que denota la carencia de un plan para la obra y descuido en la revisión. En sus sermones a los indios, Escobedo intercala refranes y aforismos de la tradición hispana y no pocos latinajos y referencias clásicas, que seguramente no usó en sus «pláticas» —como él mismo las llama—, o prédicas, a los aborígenes. En la nota introductoria a la publicación de estas secciones anexadas a la antología de Lezama, se advierte: «Según indica Bartolomé José Gallardo en su bibliografía, por el tipo de letra [del manuscrito] se nota que es un texto renacentista. Además, lenguaje y estilo se muestran netamente clasicistas, lejos de la intensidad cultista y tropológica del Barroco»⁴.

El interés como cronista o historiador de Fray Escobedo no lo conducen a la indagación y reflejo de datos exactos sobre los hechos que

² El término «criollo» comienza a aparecer por primera vez en textos de finales del siglo XVI y se usa para diferenciar a los nacidos en América de los españoles y los aborígenes. Años más tarde explicará Garcilaso de la Vega, hijo de una princesa inca y de un conquistador peninsular, en sus *Comentarios Reales*: «Los españoles han introducido este nombre en su lenguaje para nombrar los nacidos allá [en el Nuevo Mundo]».

³ Citado por J. Rus Owere, p. 3.

⁴ Anexo, Antología de la poesía cubana, Ed. Verbum, Madrid, 2001, p. XV.

relata, ya que en la obra no menciona ni siquiera la fecha en que salió de España, los nombres de los barcos en que viajó, si aprendió el idioma de los aborígenes, la ubicación de los asentamientos y ciudades que visitó, las distancias recorridas..., en fin, sólo el espectáculo de la vida diaria, que lo atrae y que usa como pretexto para moralizar sobre las costumbres de los nativos, sus prácticas religiosas y sexuales. Aunque, quizás en su afán versificador, Fray Escobedo olvidara presentarnos referencias cronológicas de su viaje y sobre la fecha de composición del poema, por una mención que hace a que acaba de morir el rey Felipe II (lo que aconteció en 1598), es posible suponer su escritura entre 1598 y 1600. De modo que estamos ante el primer texto poético con notables referencias temáticas a Cuba, ya que si bien Juan de Castellanos en sus *Elegías de Varones Ilustres de Indias* (Madrid, 1589), dedicó su Elegía VII al «Elogio de Diego Velázquez de Cuéllar», Adelantado de la Isla de Cuba, sus notas sobre Santiago y el ambiente que rodeaba al ilustre conquistador suman apenas un par de versos.

Los fragmentos cubanos de *La Florida* no pasan de unos doce pliegos en el manuscrito original, del folio 199 al 211, y constituyen la última parte del canto segundo de la parte dos y las secciones tituladas: «Contiene este canto la promesa que hicimos en la tormenta. Estuvimos algunos días en la villa de Baracoa de la Isla de Cuba y en ella vi las cosas notables siguientes» y «Contiene este canto cómo navegando nuestra gente a La Habana, salió una lancha de franceses para robarnos y cómo un hombre de Canarias, con pocos amigos, se levantó con dos naves inglesas». Eran tiempos de piraterías, pugnas entre potencias coloniales y heroicidades, solo que en vez del héroe negro Salvador Golomón, que unos años después nos presenta *El Espejo de Paciencia* (1608), aquí se trata de un isleño de Canarias.

Las dos primeras octavas reales en que se hace mención de Cuba, que también era conocida como La Dorada por sus yacimientos de oro, están referidas al avistamiento de Baracoa. Señala Fray Alonso que no son muchos los pobladores de la villa pero sí sus riquezas, dirá: «que, aunque pobre de gente, no lo es de oro». El canto siguiente hace alusión a la estancia en Baracoa y se inicia con el cumplimiento de una promesa realizada en medio de una tormenta, de celebrar misa si llegaban sanos a puerto; y a la hospitalidad de indios y españoles para con los viajeros. El panorama que nos ofrece es de indudable valor histórico, puesto que resulta un observador acucioso sobre las costumbres y riquezas de la Isla. Hoy sabemos que la explotación de las minas de oro

por parte de los colonizadores fue despiadada y agotó prácticamente este recurso. En cambio, entonces eran famosos los yacimientos del preciado metal, leyenda que atrajo a decenas de españoles y que se encarga también de propagar Escobedo: «porque hallarán en ella minas de oro/ que tiene cada una un gran tesoro». No le falta entusiasmo para promover el mito sobre la fortuna inusitada que podía reunirse en las Américas, al tiempo que nos habla de que ya los indios van escaseando y por eso varios colonizadores han traído negros –más fuertes y rendidores que los nativos– para la explotación de las minas y la obtención del metal en los ríos de Cuba: «El capitán Vizcardo, lusitano,/ de doce negros fuertes se servía,/ que en las aguas que corren al Océano/ sacaban grande suma cada día». Escobedo parece consciente de que el maltrato a que los conquistadores sometieron a los aborígenes fue la principal causa de su exterminio, pero se asombra ante la rebeldía de algunos nativos que prefieren la muerte a vivir esclavos: «aunque el varón más fuerte desconcierta;/ por tener por mejor el indio activo/ poner fin al vivir que ser cautivo».

La riqueza de la Isla, ya lo precedía Colón, no será sólo en metal dorado, también radica en su flora, la barroca vegetación y la abundancia de frutos que asombran al viajero, «mucha copia de frutas y comida». En un aparte que considero especialmente valioso, explica el proceso de la confección del casabe, luego de la siembra y cultivo de la yuca. Y nos recuerda enseguida el viejo adagio: «Cuando no hay pan, se come casabe». Muy interesante y detallado es su relato sobre la siembra y recolección de la yuca, para la posterior elaboración del necesario alimento que sustituyó el pan por la escasez de trigo y resolvió un problema en la dieta de los habitantes de la Isla. Anota que una vez recolectada la yuca: «Lávanle con grandísimo cuidado/ dejándole cual nieve en su pureza;/ con cueros de libica, un mal pescado». Después de rayada la masa blanca y cruda es puesta a curar en «calzas de la palma fabricadas,/ y haciendo dellas a la horca». Es decir, en una especie de largo tejido confeccionado con hojas de palma al cual servía de contrapeso alguna piedra, de manera que pudiese escurrir el líquido, ya «que sale un agua clara y venenosa,/ que morirá quien della beber osa». El proceso culmina con la cocción al fuego, en una especie de marmita, y el secado al sol: «y puesta al sol después de bien cocida,/ durará largo tiempo esta comida.» Otra ventaja del cazabe sobre el pan, a pesar de su sabor «a madera», es que una vez elaborado resiste los rigores de las temperaturas tropicales y de largos viajes.